

LA BIOGRAFÍA DE UNA PERSONA IMPORTANTE

Emilio La Parra López

Universidad de Alicante

Resumen: La biografía histórica ha experimentado en las últimas décadas una considerable renovación. Entre otras razones, se debe al retorno del sujeto al análisis histórico, a la creciente importancia de la narrativa y al interés social por conocer la trayectoria vital de los personajes destacados en cualquier campo de actividad. En la actualidad, la biografía histórica es considerada un modo válido para organizar el estudio del pasado que no está en contradicción con otros, como el estudio de las estructuras. Pero la biografía histórica es un género difícil. El biógrafo que pretende presentar la vida de los personajes importantes se encuentra ante muchos retos. El presente estudio realiza una aproximación a algunos de ellos, en particular a los derivados de las fuentes documentales y de la estructura social de la imagen de ciertos individuos.

Palabras clave: Biografía histórica. Metodología. Imagen y recuerdo histórico.

Abstract: The discipline of historical biography has experienced a considerable renovation in the last decades. Amongst other reasons, these changes are due to the return of the individual to historical analysis, the growing importance of the narrative genre and the general social interest in knowing the life path of outstanding figures in any field. Nowadays, historical biographies are considered a valuable means to organize the study of the past that does not clash with others, such as the study of structures. Historical biographies constitute a difficult genre. The biographer who pretends to present the life of outstanding individuals faces considerably important challenges. This study approaches some of them, in particular those derived from documental sources and the social structures of the image of certain individuals.

Key words: Historical biography. Methodology. Image and historical remembrance.

SEGÚN todos los indicios, en la actualidad interesa la vida de aquellas personas cuyo nombre resulta familiar, sea porque han destacado en alguna actividad reconocida (en este grupo entran los personajes históricos que figuran en los libros manejados en las escuelas), sea porque han protagonizado algún hecho extraordinario actual o pasado debidamente difundido por los medios de comunicación. En las librerías abundan las memorias y autobiografías, los relatos de vida, las biografías de personas más o menos conocidas por el gran público y estas obras gozan por lo general de un considerable éxito comercial. Entre los libros de historia, los relacionados con el género biográfico suelen ser los más buscados hoy por los compradores y es significativo que, si atendemos a su éxito editorial, la llamada “novela

histórica” viva en estos momentos una edad de oro. Esta situación no se registraba hace poco más de una década tan sólo y, en cualquier caso, resultaba entonces difícil de admitir que un artista de cine, un deportista de élite, algún cantante o incluso un delincuente famoso pudiera entrar en la categoría de “persona importante”, espacio reservado para los grandes políticos, los santos y altos representantes de las religiones, los grandes científicos y creadores y, en general, las personas relacionadas con lo que desde un punto de vista erudito se considera el patrimonio histórico y cultural.

No pretendo detenerme en este hecho, cuya explicación, aunque no ajena al historiador, es propia más bien del sociólogo o del experto en sistemas de comunicación. Por lo demás, es bien sabido que muchas de las biografías y memorias que inundan las librerías son producto de las circunstancias, las más de las veces están teñidas de oportunismo y han sido redactadas de forma apresurada, sin el rigor y el método exigibles al historiador. Pero también existen, cada vez en mayor número, biografías escritas por historiadores prestigiosos, no sólo anglosajones (considerados por lo general como los cultivadores más acreditados del género), sino también franceses (quizá –según se dice– sus máximos detractores teóricos en las décadas anteriores) y, por supuesto, españoles. Es significativo –me limito a constatar dos hechos referidos a nuestro ámbito– que la Real Academia de la Historia esté preparando un Diccionario Biográfico y que reconocidas editoriales (Tusquets, Espasa-Calpe, Península, Biblioteca Nueva, Arganza...) hayan dedicado gran atención al género en los últimos años, abriendo colecciones específicas con títulos realmente importantes.

Todo ello confirma la aceptación y el desarrollo de la biografía en nuestros días. Es evidente que los historiadores que la cultivan (prescindamos de quienes no siguen las operaciones historiográficas, aunque sus libros alcancen éxito comercial y mediático) suelen centrarse en los personajes importantes, pero cada vez son más los trabajos de calidad dedicados a personas corrientes, a quienes –de acuerdo con una expresión acuñada– “carecen de historia”. Esto contrasta con el estado de cosas a que estábamos acostumbrados hasta hace muy poco, cuando se consideraba la biografía un género historiográfico en baja, como escribió Carlos Seco en un trabajo publicado en 1975.¹ La explicación de tal circunstancia, resumida más tarde por Antonio Morales, es bien conocida: “en esta ‘historia estructural’ –dominante durante buena parte del siglo xx– lo biográfico, perteneciente, como el acontecimiento, a la superficie de la historia, reacio a tratamiento ‘científico’, quedará totalmente desacreditado”.²

¹ C. Seco, “La biografía como género historiográfico”, *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, 40 (julio-agosto 1975), reproducido en VV.AA., *Once ensayos sobre la Historia*, Madrid, Fundación Juan March, 1976, pp. 107-117.

² A. Morales Moya, “Biografía y narración en la historiografía actual”, en *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993, p. 230.

En los últimos años el giro ha sido radical. La vuelta del individuo, del sujeto, a los análisis históricos y el auge experimentado por la narración han hecho renacer el interés por la biografía y, en cuanto género historiográfico, ha experimentado una renovación sustancial. Insistamos en que tal cosa es resultado directo de los cambios en la concepción y en los métodos de la historia, pero no cabe desdeñar lo que se acaba de decir sobre los gustos del gran público y la incidencia de la política editorial. En todo caso, tal vez sea poco probable que ahora se repita algo similar a la anécdota narrada por Seco en el artículo citado arriba, que debió tener lugar en los años setenta del siglo pasado: un licenciado en Historia, interesado en la historia política española del s. XIX, pretendía emprender su tesis doctoral sobre el general Serrano, el que fuera varias veces presidente del gobierno y del Estado, pero cuando expuso su proyecto a un destacado catedrático, conocido –según Seco– por su “inquieto y fructuoso desvelo hacia corrientes y técnicas de última hora”, éste le disuadió de acometer tal empresa, porque “lo biográfico no merecía la pena en los planes de una investigación actualizada”.

Actitudes como la del referido catedrático, reproducidas según mis noticias hasta hace muy poco (sé de algunos casos ocurridos a comienzos de la década de los noventa del siglo xx) han dado al traste con no pocos proyectos y han originado un acusado vacío en el conocimiento de los sujetos, individuales y colectivos, de la historia española. No sólo carecemos de información fiable sobre mujeres, líderes obreros y sindicales, personas destacadas del ámbito local y, en general, de mucha gente influyente en determinados procesos, sino también sobre las consideradas figuras destacadas o importantes. Cualquiera, a poco que disponga de algunas referencias bibliográficas, elaborará sin gran dificultad una larga lista de personas de uno u otro tipo sobre las que sólo sabemos que participaron en una huelga, dirigieron una empresa, ocuparon un determinado cargo, sobresalieron por algún hecho de armas, encabezaron alguna revolución o, incluso, ocuparon el trono de España como reyes o regentes. Quizá sepamos algo más sobre las huelgas, el estado de la economía en un momento dado, las estructuras políticas o las guerras, pero es evidente que nuestro conocimiento queda incompleto, al menos adolecerá de falta de ciertos matices, si continúa nuestra ignorancia sobre los sujetos. Tal vez este solo dato sea suficiente para justificar la atención a la biografía, aunque con ello no se está abogando por desatender otras vías para acceder al conocimiento histórico.

Nada sobra en el quehacer historiográfico. Por esta razón resulta gratificante que, a diferencia de lo sucedido en tiempos recientes, exista en nuestros días un amplio consenso en considerar la biografía una posibilidad válida para organizar el estudio del pasado. Pero –insistamos, para evitar equívocos– sólo es (afortunadamente) una posibilidad más, que no excluye

ninguna otra. Así pues, ya no se debate con la intensidad de otro tiempo sobre, por ejemplo, la oposición entre biografía e historia social, pues se considera que son vías complementarias, ya que el estudio de las estructuras y procesos sociales no está reñido con el de las vivencias de los agentes individuales o colectivos. La pretendida incompatibilidad entre ambas formas de analizar el pasado está hoy superada.³ Nadie niega ahora que es preciso conocer a un individuo llamado Lutero o a otro conocido como Lenin para comprender lo importante: el surgimiento del protestantismo o la revolución rusa de 1917. Es imposible analizar un acontecimiento, por ejemplo un pronunciamiento, sin conocer al militar que lo encabeza y no cabe entender la monarquía sin información precisa sobre los individuos que ocupan el trono, o elaborar la idea de burgués sin saber sobre la vida de burgueses individuales. Por otra parte, ¿cómo se puede determinar que hay pobres o ricos si no se plasma esta condición en individuos? A cuestiones de este tipo, en apariencia obvias, suelen aludir quienes han intentado hace algunos años justificar la validez de la biografía,⁴ pero desde la historia social se pueden formular, con idéntica legitimidad, los mismos interrogantes, lo que manifiesta la complementariedad de ambos procedimientos.

Hay de hecho una convergencia entre las distintas maneras de aproximarse al conocimiento del pasado. Así lo ha puesto de relieve Ian Kershaw al declarar su objetivo a la hora de escribir la biografía de Hitler: "...el interés creciente por las estructuras del régimen nazi y por las diferencias abismales en cuanto a la posición del propio Hitler dentro de ese sistema (si se puede llamar 'sistema') me empujaron inexorablemente a reflexionar más sobre el hombre que fue la palanca indispensable y la inspiración de lo que sucedió, el propio Hitler". Pero afirma a continuación que la clave de cómo fue posible Hitler y el nazismo no se encontrará sólo en el propio Hitler, sino también en la sociedad alemana, en las motivaciones políticas y sociales que colaboraron en la creación de Hitler. Y concluye: "El objetivo de este estudio es concretamente investigar esas motivaciones y fundirlas con

³ Véase, a título de ejemplo, la opinión de un destacado cultivador de la historia social: Jürgen Kocka, *Historia social y conciencia histórica*. Madrid, Marcial Pons, 2002, p. 243. En relación a la pretendida divergencia entre historia social e historia de la cotidianidad o *Alltagsgeschichte* —otro elemento de debate en tiempos recientes— este historiador afirma, en otro lugar de la misma obra: "Lograr una conexión adecuada entre las experiencias, las percepciones, las actitudes y las acciones, de un lado, y las estructuras, los procesos, de otro, resulta crucial. La historia de las experiencias pura es, en el fondo, una abstracción mucho más unilateral que la mera historia estructural. En la conexión entre ambas residen los problemas interesantes, que deben seguir abordándose de manera práctica, pero discutiéndose siempre de nuevo en el terreno teórico" (p. 84).

⁴ Vid. p.e. R. Pillorget, "La biografía, género histórico. Evolución reciente en Francia", en *Las individualidades en la Historia*. Pamplona, EUNSA, 1985, pp. 81-114 y Saul Friedländer, *Histoire et Psychanalyse*. Paris, Seuil, 1975.

la aportación personal de Hitler a la consecución y expansión de su poder".⁵

Creo que Kershaw ofrece la clave, teórica y práctica (lo corrobora en su trabajo), de lo que en la actualidad debe ser la biografía histórica: una forma más de completar nuestro conocimiento del pasado que, como se acaba de ver, es tan necesaria como el estudio de las estructuras. En consecuencia, huelga insistir ahora en que la biografía no excluye cualquier otra operación historiográfica, pero ¿a qué tipo de biografía nos referimos? Gómez-Navarro ha ofrecido una respuesta bastante convincente: se trata de aquellas biografías "que buscan convertirse en instrumento de conocimiento histórico, que incorporan los avances metodológicos y temáticos de las 'nuevas historias', que utilizan el análisis de los individuos o de los grupos en su realidad circundante y la sociedad, que utilizan las técnicas de la historia en la búsqueda y utilización de las fuentes, que son fieles a éstas, que incorporan en su análisis las aportaciones más recientes de las ciencias sociales humanas, etc."⁶

* * *

Desde estos supuestos, no intentaré desarrollar ahora una reflexión general sobre la validez de la biografía, sino que me circunscribiré, de acuerdo con el encargo recibido, a tratar únicamente sobre un tipo de biografía: la que se dedica a un hombre o mujer importante, a un personaje histórico, entendiendo por "personaje" lo mismo que el Diccionario de la Real Academia: "Sujeto de distinción, calidad o representación en la vida pública".

La primera cuestión que esta empresa plantea consiste en determinar quién es importante. Si nos atenemos a la acepción citada del Diccionario de la Lengua, la respuesta es sencilla: en esa categoría podemos incluir al individuo sobresaliente, al que al menos se le atribuye alguna de las notas de "distinción", "calidad" o "representación" en la vida pública. Se trata de personas a las que una sociedad determinada reconoce por alguna razón un papel superior al del común, las que tradicionalmente son denominadas "héroes", "grandes protagonistas de la historia", "genios", "figuras estelares", "hombres y mujeres célebres", etc. Son las personas que, de acuerdo con criterios morales manejados por cada sociedad, han ejercido una influencia positiva, frente a los cuales existen los grandes villanos, los que según los mismos criterios son considerados muy perjudiciales para esa sociedad, lo cual no obsta para que, a su vez, pueden ser tenidos asimismo

⁵ Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, Barcelona, Península, 1999, p. 10.

⁶ José Luis Gómez Navarro, *En torno a la biografía histórica*. Madrid, Instituto Universitario Ortega y Gasset, 1998 (documento de trabajo).

por importantes. El juicio, en estos casos, incluso la terminología a utilizar, depende de muchos factores y uno de ellos –conviene resaltarlo– es el concepto de historia que tenga el biógrafo.⁷

La cuestión planteada puede ser resuelta de otra forma, quizá más precisa desde el punto de vista del historiador y no tan dependiente de criterios morales. Son importantes –de acuerdo con la idea expresada por E. J. Hobsbawm en sus memorias–⁸ los hombres y mujeres que hayan tenido un contacto directo con acontecimientos relevantes o que tomaron decisiones que afectaron a esos acontecimientos. En este caso hemos de plantearnos de inmediato qué acontecimientos son importantes o, lo que viene a ser lo mismo, qué es importante en la historia, asunto más complejo de lo que a primera vista parece y que siempre coloca al historiador ante un dilema.⁹ Por otra parte, no es lo mismo participar en un acontecimiento decisivo que ejercer alguna influencia sobre él, lo cual nos introduce, entre otras cosas, en el permanente debate sobre el papel de las élites y de las masas en la historia, sobre lo que más tarde volveremos.¹⁰

De cualquier forma, la variedad de casos individuales es extraordinaria y esto originará múltiples dificultades al biógrafo a la hora de determinar la condición de cada persona y la influencia que ha ejercido. Unas veces (por ejemplo si se plantea la biografía de Napoleón, Alejandro Magno o Einstein) no tendrá este tipo de dudas, pero en otras esta cuestión puede ser uno de sus mayores problemas. El biógrafo se halla ante ciertos individuos situados en el lugar adecuado para ejercer algún tipo de influencia que resultan, quizá, protagonistas a su pesar, porque se ven arrastrados por los acontecimientos de su tiempo (es el caso del zar Nicolás II, a quien Marc Ferro presenta como un sujeto carente de cualidades personales, aunque enigmático, que simplemente se dejó llevar por el destino).¹¹ Otros, independientemente de su valía como personas o con escasa vida personal fuera

⁷ Sería esclarecedor al respecto efectuar un estudio de los repertorios bibliográficos publicados, al estilo del volumen de J. Reglá y Antonio M. Aragón Cabañas, *150 genios de la humanidad*, Barcelona, Gassó, 1965, o de los distintos proyectos editoriales –abundantes durante la primera mitad del siglo XX en muchos países– destinados a presentar las biografías de los personajes más importantes de la historia.

⁸ E. J. Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003.

⁹ Vid. una reflexión sobre este asunto en Guy Thuillier y Jean Tulard, *Le métier d'historien*, Paris, PUF, 1991, pp. 87-96.

¹⁰ Es innecesario insistir en la necesidad de conocer la vida de muchas personas anónimas o poco conocidas, las que no forman parte de la élite, para comprender los procesos históricos. A pesar de los avances conseguidos en este sentido en los últimos años, todavía estamos muy lejos de alcanzar un nivel satisfactorio en este campo, de modo que tal vez sea más urgente dedicar los esfuerzos a escribir la biografía de este tipo de personas que a la de las “importantes”, pero éste es asunto distinto al que aquí nos ocupa.

¹¹ “...Nicolas II fait partie de ces individus, porteurs d'un destin qu'ils assument comme un devoir défini une fois pour toutes, qui les dissocie du monde en train de se transformer sous leurs yeux” (Marc Ferro, *Nicolas II*, Paris, Payot, 1991, p. 12).

de su papel público, como Hitler o Franco, ejercen, en función de variadas circunstancias, una influencia decisiva en su tiempo. Desde un punto de vista local o sectorial, existen personas influyentes sólo en un ámbito geográfico o de actividad muy reducido y siempre se suscita el problema de qué hacer con personas distinguidas por el solo hecho de haber desempeñado una determinada función u ocupado ciertos cargos, como puede ocurrir con determinados jefes de Estado o presidentes de gobierno de algunos países. Un tipo particular es aquel al que se le atribuye “carisma”, la persona –según Max Weber– a quien se reconoce una condición especial para atraer e influir en los otros, es decir, los seres excepcionales. Los psicoanalistas definen la personalidad carismática como aquella que es capaz de interiorizar y de explicitar normas nuevas de carácter general, o de interiorizar y hacer revivir normas antiguas, mientras que la sociedad en general, en el proceso de su desarrollo, no ha podido percibir ni las unas ni las otras. Son individuos que tienen confianza absoluta en ellos mismos, fe en su misión y se consideran instrumentos de elección de una fuerza superior, sea Dios, la Historia o la Patria.¹² Lutero, Gandhi, Hitler, Stalin, Sabino Arana o el propio Franco y tantos otros, de quienes se han dicho y escrito mil exageraciones, podrían incluirse en este tipo de personas, confundido en muchas ocasiones con el “salvador”, la figura mítica construida por ciertas sociedades con una intencionalidad muy precisa.¹³

Pero no todo está dado. El trabajo del biógrafo puede descubrir a determinadas personas que, a causa precisamente del desconocimiento sobre su vida, no se les atribuye influencia. Una biografía puede dar a conocer a esa persona y cambiar nuestra consideración sobre ella y a partir de ahí se convierte en importante. Es el caso, por ejemplo, de Carlos Esplá Rizo. Hasta la publicación de su biografía, realizada por Pedro Angosto,¹⁴ Esplá aparecía fugazmente en los estudios sobre la Segunda República como un político de segunda fila, pero el trabajo de Angosto ha demostrado el papel determinante que desempeñó no sólo en ese tiempo, sino también durante el exilio republicano español en América. En otros casos, tratándose de personas conocidas a las que se le supone algún protagonismo, la biografía desvela facetas ocultas que lo realzan y le confieren una nueva dimensión.¹⁵

¹² S. Friedländer, pp. 126-127.

¹³ Vid. una tipología del “salvador” en Raoul Girardet, *Mythes et mythologies politiques*, Paris, Seuil, 1986, pp. 63-96.

¹⁴ P. L. Angosto Vélez, *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía*, Madrid, Biblioteca Nueva / Universidad de Alicante, 2001.

¹⁵ Libros, por ejemplo, como los de Bruno Vargas, *Rodolfo Llopiés (19895-1983). Una biografía política*, Barcelona, Planeta, 1999 y Juan Francisco Fuentes, *Luis Araquistáin y el socialismo español en el exilio (1939-1959)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002 han cambiado nuestra percepción sobre ambos personajes.

Esta alusión a determinados casos, susceptible de desarrollo de acuerdo con criterios de distinta índole, sólo tiene utilidad para demostrar que el biógrafo debe ser cauteloso en extremo al calificar a alguien de persona importante, cuestión casi siempre conflictiva —a pesar de las apariencias— para el historiador y que tal vez no sea excesivamente útil. Como advierte Ian Kershaw,¹⁶ las teorías de “los grandes hombres” personalizan en extremo el proceso histórico y en rigor no proporcionan frutos, pues toda idea de grandeza histórica es fútil en el fondo; esa idea, basada de forma subjetiva en un concepto ético-filosófico, no lleva a ningún sitio; es irrelevante, pues aunque determinemos que éste o aquel es grande o no, ello no explica nada por sí mismo sobre el proceso histórico y, por otra parte, puede ser potencialmente exculpatoria en el caso de personas realmente funestas, como Hitler. Y no obstante, seguimos manejando esta categoría. De hecho, resulta difícil prescindir de la consideración de “importante” al referirnos a ciertas personas y es dudoso que, a pesar de las advertencias, dejemos de hacerlo.

Todo esto viene a confirmar que no son escasas las dificultades surgidas a la hora de determinar el objeto de estudio. Pero la tarea que nos ocupa plantea muchos otros problemas. Comencemos con una de las cuestiones teóricas más debatidas: el papel que el individuo juega en la historia. En la actualidad parece superada la vieja antinomia entre élites y masa. Un historiador poco sospechoso de despreciar a las masas, Tuñón de Lara, escribió hace ya algunos años —y por esta razón se le trae aquí, para resaltar que no es una novedad— que esta antinomia no tenía sentido, pues si bien las élites o vanguardias no cambian por sistema la base social de la que emergen, es asimismo falso que las élites sean mero instrumento de las masas.¹⁷ “La historia no es un proceso que todo lo arrastra y del que no podríamos escapar”¹⁸ y, por tanto, existe amplio margen para la acción individual. Por otra parte, no son pocos los problemas no resueltos por la historia cuantitativa y serial. Los análisis de las estructuras no siempre explican de forma satisfactoria los cambios rápidos y, asimismo, las interpretaciones basadas en la causalidad histórica han perdido capacidad explicativa, de modo que ahora no se discute que la voluntad de los individuos puede ser causa y agente de cambio tan importante como los factores económicos y sociales.¹⁹

Con todo, la revalorización de la biografía puede abocar en la tentación de suponerle una capacidad superior a la que tiene para captar la vida de las sociedades, consecuencia, a su vez, de la atribución al individuo de un pro-

¹⁶ I. Kershaw, *op. cit.*, I, p. 22.

¹⁷ M. Tuñón de Lara, *Por qué la Historia*, Barcelona, Salvat, 1981, p. 44.

¹⁸ J. Serna, “Los liberales. Historia y vidas del ochocientos español”, *Claves de Razón Práctica*, 118 (diciembre, 2001), p. 77.

¹⁹ José Luis Gómez-Navarro, *op. cit.*

tagonismo mayor del que realmente ejerce. Puede ocurrir que el estudio de un hombre o mujer importantes conduzca —como advierte Teyssier— a exagerar ciertos fenómenos históricos²⁰ o a reducir de forma acusada el campo de visión del historiador, como sucede en ciertas interpretaciones sobre la Transición española.²¹ En este sentido hay que tomar precauciones ante ciertas opiniones de pensadores muy influyentes en la cultura contemporánea. En un libro muy citado en la actualidad, *La democracia en América*, mantuvo Tocqueville que el historiador abandona con frecuencia la averiguación de la influencia individual en los procesos (es decir, el estudio de “esa especie de causas fortuitas y secundarias”) porque ésta es tarea muchas veces ardua y prefiere aludir a lo general para salir del paso.²² Más contundente fue Goethe, otro pensador hoy indiscutido: “Todos somos simplemente individuos, y sólo podemos sentir verdadero interés por lo individual. Lo general dase de suyo, métese por los ojos, se conserva y acrece. Lo utilizamos, pero no lo amamos”. Y más adelante remacha la idea: “Debiera la biografía granjearse una gran prerrogativa respecto a la historia, ya que representa al individuo en vida y también al siglo, según vivamente también influyera sobre el individuo. Debe la biografía pintar la vida según ella se da en sí y de por sí y por ella misma. Al historiador no se le toma a mal que se preocupe de los resultados; pero con ello piérdese el acto aislado y el hombre particular (...) La historia, aun la mejor, tiene siempre algo de cadavérico, exhala hedor a sepultura. Hasta puede decirse que cada vez se hará más pesada de leer, según se vaya haciendo más viejo el mundo; pues todo el que viene detrás ve obligado a quintaesenciar de los acontecimientos del mundo un resultado más agudo y útil, con lo que al cabo, si no queda reducido a un verdadero caput mortuum, desvanécese en humo. Pero si ha de haber y debe hacerse historia, puede sin embargo el biógrafo ufanarse ante ella del gran mérito de poder conservar y transmitir lo vivo, que a los ojos de la historia se hurta”.²³

Por lo que llevamos dicho, esa especie de contraposición entre “biografía” e “historia” a que aluden los dos grandes pensadores mencionados —de

²⁰ Arnaud Tessier, “Biographie et histoire politique: l'exemple de Joseph Barthélemy (1874-1945)”, en *Problèmes et Méthodes de la Biographie. Actes du Colloque. Sorbonne, 3-4 mai 1985*. Paris, Publ. de la Sorbonne, 1985, p. 39.

²¹ Determinadas interpretaciones de la Transición a la democracia en España, tras la muerte de Franco, resaltan sobremanera el protagonismo de ciertos individuos, como el rey Juan Carlos o Adolfo Suárez, y relegan a un segundo término la actuación de muchas otras personas, organizaciones o colectivos de muy distinta índole que, sin embargo, en muchos casos jugaron un papel más determinante que los dos mencionados (véase, por ejemplo, el libro de la periodista Victoria Prego, *Así se hizo la transición*, Barcelona, Plaza y Janés, 1995).

²² Cit. por Pillorget, *op. cit.*, p. 90.

²³ *Particularidades autobiográficas*, en *Obras Completas*, T. III, Madrid, Aguilar, 1991, pp. 883 y 885.

manera especial Goethe—, que cabe interpretar con muchos matices, puede parecer ahora un tanto artificiosa o, dicho de forma más contundente, resulta difícil de asumir, pues lo que propugnamos, la “biografía histórica”, es una forma más de la operación historiográfica para conocer el pasado. Pero ello incide en otro gran problema relacionado con el tema que nos ocupa: la relación individuo-sociedad. También en este caso carece de sentido la pretendida oposición entre ambos. Lo individual no es un fenómeno cerrado en sí mismo, explicable sólo a partir de sus propios datos y coordenadas. Pierre Bourdieu ha realizado al respecto oportunas observaciones desde la sociología en un trabajo muy influyente: “Tratar de comprender una vida como una serie única y suficiente en sí de acontecimientos sucesivos sin más vínculo que la asociación a un ‘sujeto’ cuya constancia no es sin duda más que la de un nombre propio, es más o menos igual de absurdo que tratar de dar razón de un trayecto en el metro sin tener en cuenta la estructura de la red, es decir la matriz de las relaciones objetivas entre las diferentes estaciones. Los acontecimientos biográficos se definen como inversiones a plazo y desplazamientos en el espacio social, es decir, con mayor precisión, en los diferentes estados sucesivos en la estructura de la distribución de las diferentes especies de capital que están en juego en el campo considerado”.²⁴ En suma, el individuo sólo existe dentro de una red de relaciones sociales diversificadas. Pero el individuo tampoco es mero portador de estructuras sociales. El individuo es hijo de sus padres y de su tiempo y a la vez actúa en su tiempo y contribuye al cambio, sea de una forma u otra, y, en algunas ocasiones, lo hace de forma muy visible y extraordinaria.

Llegamos así a una de las mayores dificultades de la biografía: la continua tensión entre individuo y sociedad que —como ha puesto de relieve Isabel Burdiel— ha recorrido todas las modalidades del pensamiento moderno y que constituye, a su vez, la tensión crucial teórica y metodológica del género biográfico, pues lo que el biógrafo se plantea es la dialéctica entre individuo y sociedad, entre lo particular y lo general, lo privado y lo público.²⁵ El resultado del trabajo del biógrafo, si es convincente, refleja esa dialéctica y no puede quedar limitado a mostrar qué fue y qué hizo una persona, aunque sea éste su principal objetivo. Si la biografía cumple los requisitos exigibles, cabe ir más allá, como mantiene Antonio Feros al plantearse la del duque de Lerma:²⁶ “Un estudio de un personaje como Lerma

²⁴ P. Bourdieu, “La ilusión biográfica”, en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997, p. 82.

²⁵ I. Burdiel, “La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica”, en I. Burdiel y M. Pérez Ledesma (eds.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 21 y 29.

²⁶ A. Feros, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, Marcial Pons, 2002, p. 23.

nos permite analizar las condiciones en las cuales un individuo crea sus propios contextos sociales, lingüísticos e ideológico mientras está limitado en sus acciones por éstos y otros contextos” y concreta, en referencia a su propio trabajo: “... este estudio analiza cómo los individuos responden a nuevas prácticas políticas y, como resultado, ayudan a crear nuevos conceptos y discursos políticos”. No se trata de ofrecer en una biografía modelos o estereotipos, sino de adentrarse en un terreno más difícilmente accesible por otros métodos historiográficos para conocer determinados aspectos vedados a éstos. La biografía de los altos personajes contribuye a conocer a quienes tienen un papel protagonista —positivo o negativo— en la sociedad y esto es imprescindible para conocer esa sociedad, que es inconcebible sin sus élites, de la misma forma que lo es sin las masas y sin los seres anónimos.

Como ha quedado dicho, uno de los fundamentos de la biografía histórica es la nueva dimensión adquirida por la persona con su individualidad, de lo cual deriva otra serie de problemas. Por una parte, la cuestión de los límites de la racionalidad y de la libertad humanas, sobre lo cual —como ha señalado Giovanni Levi— la nueva orientación de la antropología ofrece pautas muy esclarecedoras y, por otra, la complejidad de la identidad, su formación progresiva y no lineal, sus contradicciones.²⁷

El biógrafo —sobre todo el que aborda la vida de una persona de fuerte carácter, tipo Churchill— puede caer en la tentación de construir a través de su relato una personalidad coherente y estable, inmutable a los cambios del medio social y político. Es lo que Pierre Bourdieu ha denominado “la ilusión biográfica”, en la que todo es inteligible y lógico, sin dudas, sin actos irracionales manifestados a veces de forma brusca.²⁸ Puede haber personalidades bien definidas muy pronto, pero aún así, la vida de cualquier humano está marcada por su etapa de niñez y formación y, más adelante, por los intercambios que recibe del exterior en la formación de su personalidad. En referencia a San Luis, rey de Francia, ha escrito en este sentido Jacques Le Goff: “*Saint Louis no va pas impertubablement vers son destin de roi saint, dans les conditions du XIIIe siècle et selon les modèles dominants son temps. Il se construit lui-même et construit son époque autant qu’il est construit par elle. Et cette construction est faite de hasards, d’hésitations, de choix*”.²⁹ El complejo proceso que marca la construcción de una personalidad constituye, quizá, el mayor reto del biógrafo, quien no puede con-

²⁷ Giovanni Levi, “Les usages de la biographie”, *Annales*, 6 (novembre-décembre 1989), p. 1329.

²⁸ “Producir una historia de vida, tratar la vida como una historia, es decir como la narración coherente de una secuencia significativa y orientada de acontecimientos, tal vez sea someterse a una ilusión retórica, a una representación común de la existencia, que toda una tradición literaria no ha dejado ni deja de reforzar” (P. Bourdieu, *op. cit.*, p. 76).

²⁹ Jacques Le Goff, *Saint Louis*, Paris, Gallimard, 1996, p. 18.

tentarse con explicaciones en apariencia lógicas y exentas de circunstancias insospechadas, aunque estas explicaciones gocen –incluso en medios profesionales– de amplia aceptación o de una sólida tradición. Al respecto resulta muy esclarecedor el caso de Manuel Godoy. Su entrada en la corte de Carlos IV y su ascenso a la cota más alta del poder en la España de finales del siglo XVIII, los dos hechos que determinan la personalidad y condición vital de este hidalgo de provincias cuyo horizonte vital lógico era sumamente limitado, lejos de explicarse por el único factor derivado del favor real (con o sin amoríos con la reina, que eso es asunto poco significativo, a mi juicio) están plagados de circunstancias fortuitas, de azar y de decisiones personales tomadas a tenor de la coyuntura.³⁰ Pero ocurre que si no conocemos tales circunstancias referidas a este individuo con enorme influencia en su tiempo, podemos ofrecer una interpretación completamente sesgada sobre el ejercicio del poder durante el reinado de Carlos IV. Este conocimiento, por lo demás, será difícil conseguirlo por otro procedimiento distinto al biográfico.

Por otra parte, cuando se trata de personas importantes, resulta determinante el recuerdo y la imagen que tenemos de ellas, producto de una compleja construcción social. Toda biografía es un modo de “recuerdo histórico”, un ejercicio de memoria, aunque no sea sólo eso y el biógrafo debe ser consciente de que entre la biografía y el recuerdo histórico existen importantes diferencias. Una deriva del ámbito de referencia (personal en un caso, general en el otro) y otra –quizá la fundamental– del tiempo. El recuerdo histórico es más prolongado (se refiere al pasado y se reconstruye con la finalidad de que sirva para orientar el presente y tenga perspectivas de futuro), mientras que la biografía es un eslabón en esta reconstrucción, en la que se vinculan todos los elementos entre sí referidos a un caso particular.³¹ De ahí la importancia de abordar la imagen histórica del biografado.

Cada sociedad se forja una imagen de las personas importantes que le interesan y es tarea del biógrafo discernir en esa construcción los elementos falsos de los verdaderos, para ofrecer una imagen veraz de esa persona. No se trata de hacer revivir a una persona muerta. Por muy completa y reveladora que sea su documentación, el historiador es consciente de su incapacidad para reconstruir completamente un mundo muerto. Su tarea consiste –advierte Simon Schama– en “recoger los pedazos rotos o mutilados de algo o alguien en las “líneas enemigas” del pasado documentado y devolverles a la vida o darles un entierro decente en nuestro tiempo y

³⁰ Vid. Emilio La Parra, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, 2002, pp. 78-101.

³¹ Johannes Sträter, “El recuerdo histórico y la construcción de significados políticos. El monumento al emperador Guillermo en la montaña de Kyffhäuser”, *Historia y Política*, 1 (1999), pp. 83-106.

lugar”.³² Compete al biógrafo intentar –de acuerdo con Le Goff– ofrecer a la sociedad de su tiempo una impresión veraz de una persona que vivió tiempo atrás, quizá siglos antes. Ahora bien, reiteremos la dificultad del empeño, en particular si el biógrafo se halla ante una imagen fabricada del personaje que está muy arraigada en la sociedad y por tanto resulta complicado contrarrestar o ante el intento reiterado del propio personaje por ocultar su personalidad. Manuel Godoy, por ejemplo, pretendió él mismo forjar su propia imagen, cosa que hizo en vida de manera diferente cuando gozó del poder y cuando se vio privado de él, y, a su vez, sus contemporáneos construyeron una imagen de él, sumamente negativa por lo general, que con el tiempo se fue consolidando hasta llegar casi intacta hasta nosotros. Franco, por su parte –como revela Paul Preston–³³ hizo auténticos esfuerzos para asegurarse de que no se pudieran conocer sus intenciones. “Nunca aparentó nada”, dijo de él José M^a Bulart, su capellán durante 40 años. Siempre se mostró reservado, distante y para mayor complicación, intentó continuamente reescribir su biografía (lo hizo en su libro *Raza*, en discursos y escritos dispersos, en memorias inacabadas, en entrevistas), procurando continuamente pulir detalles para que su biografía fuera hagiografía. Por el contrario, existen personas transparentes, que ofrecen todas las facilidades para conocerlas porque carecen de disimulo a la hora de manifestarse a través de diarios, autobiografías, epistolario, escritos de todo tipo o a través de su propia obra. Winston Churchill dejó tal cúmulo de testimonios sobre sí mismo que sus biógrafos tienen difícil ofrecer revelaciones ocultas, como afirma uno de ellos.³⁴ Picasso dio a entender a John Richardson, cuando éste emprendió su biografía, que no hallaría grandes dificultades para llevar a buen término su tarea, pues dijo el pintor: “Mi vida es como un diario”. Richardson, sin embargo, no se dejó envolver por tales facilidades. “Muchas de las informaciones del ‘diario’ –escribió una vez finalizada la biografía– se explican por sí mismas, pero otras son oscuras y es necesario descifrarlas. Y no debemos olvidar que los diarios no impiden fantasear y reordenar la verdad. Esto es precisamente lo que ha ocurrido con Picasso”.³⁵

* * *

Los retos apuntados (que no son, ni con mucho, todos los posibles) abocan a una pregunta: ¿cómo escribir la biografía de una persona importante? La cuestión sobrepasa con mucho mis posibilidades, de modo que

³² S. Schama, *Certezas absolutas*, Barcelona, Anagrama, 1993, p. 235.

³³ P. Preston, *Franco, “caudillo de España”*, Barcelona, Grijalbo, 1994, pp. 13-17.

³⁴ R. Jenkins, *Winston Churchill*, Barcelona, Península, 2002.

³⁵ J. Richardson, *Picasso. Una biografía. Vol. I: 1881-1906*, Madrid, Alianza, 1995, p. 3.

para evitar confusiones no ensayaré respuesta alguna. Sin embargo no desearía dejar pasar la ocasión para consignar algunas observaciones, comenzando por una constatación que me parece muy pertinente, declarada con toda contundencia por Le Goff: “*la biographie historique est une des plus difficiles façons de faire de l’histoire*”.³⁶

En primer término, la dificultad proviene –según el propio Le Goff– de un motivo obvio que, sin embargo, no tienen en cuenta muchos de esos pretendidos biógrafos de circunstancias: esta tarea exige, por supuesto, la aplicación del método historiográfico. En torno a un personaje se cristaliza el conjunto de asuntos que afectan al campo del saber histórico (una persona importante se desenvuelve a la vez en la economía, la política, la cultura, etc. de su tiempo y todo esto debe analizarlo y explicarlo el biógrafo). No cabe soslayar los grandes temas en una biografía. Tal vez esto le esté en parte permitido al historiador de las estructuras, pero no al biógrafo. Éste ha de plantearse muchos problemas partiendo de las aportaciones de los historiadores de las estructuras sociales, de la política, de la vida cotidiana, etc., las cuales debe integrar en referencia a un sujeto. De esta forma la biografía puede cumplir una función de engarce de las tendencias y aportaciones historiográficas más diversas, pues no puede renunciar a ninguna de ellas.

La biografía –continúa Le Goff explicando sus dificultades– debe producir en mayor grado que cualquier otra actividad historiográfica “*effets du réel*”, lo cual no depende sólo de la escritura, sino de otra operación: el biógrafo, gracias a su familiaridad con las fuentes y con el periodo, ha de saber extraer de los documentos la verdad, es decir, ha de “*décortiquer ces documents pour y faire apparaître ce qui entraîne une conviction raisonnable de réalité historique*”.

Las fuentes constituyen un problema crucial para el biógrafo, en particular cuando se halla ante lagunas documentales. Es posible, en ocasiones, superar este escollo,³⁷ pero en todo caso, los silencios, las discontinuidades en la información que rompen la trama y la unidad aparente de una vida son para el biógrafo una auténtica pesadilla, pues su labor es imposible si no cuenta con la información adecuada y suficiente para ofrecer “la impresión de verdad”. Es preciso, por tanto, que la persona biografiada haya dejado rastros suficientes, no sólo de su vida pública, sino también de la

³⁶ J. Le Goff, *Saint Louis...*, *op. cit.*, p. 14.

³⁷ Las lagunas documentales pueden ser sustituidas por las referencias al contexto, es decir, mediante comparación con personas que están en situación parecida al biografiado. Es lo que hizo Franco Venturi en su obra: *La juventud de Diderot*. Venturi reconstruyó los primeros años de la vida de Diderot prácticamente sin documentación y para ello recurrió a múltiples ejemplos de otras vidas que tenían cierto paralelismo con la de su biografiado (G. Levi, *op. cit.*, p. 1331).

privada. Los datos, sobre todo los relativos al último aspecto, no siempre son evidentes, de ahí la dificultad del biógrafo en la búsqueda de fuentes y la necesidad de diversificarlas en lo posible (escritos, iconografía, acciones permanentes, testimonios orales cuando sea posible...). Pero las fuentes, en caso de abundar, no resuelven todos los problemas. Quien aborda la escritura de una biografía no puede fiarse de la documentación disponible, especialmente cuando existe una aparente gran información, pues ésta quizá esté focalizada en una sola faceta del personaje (por ejemplo, si se trata de un santo, en su santidad; si de un político, en su dimensión pública o en su obra). Las fuentes pueden esconder al individuo y existe el peligro de caer en la hagiografía o en el desprecio. Tomemos de nuevo como ejemplo el caso de Manuel Godoy. Si nos dejamos guiar por los escritores políticos liberales del XIX y por sus contrarios, los absolutistas (obsérvese que aludimos a las dos tendencias dominantes y, por tanto, podemos dar la impresión de imparcialidad y de amplitud en la información) llegamos a la conclusión de que Godoy fue el responsable de la invasión francesa de 1808, pues unos y otros –evidentemente por razones distintas– no desearon transmitir la realidad de la persona Manuel Godoy, sino que la utilizaron para sus propios fines. De la misma manera –cuenta Le Goff– las órdenes mendicantes procuraron transmitir un S. Luis “de ellos”, un santo propio.

Las fuentes, sobre todo las literarias, pero también las de cualquier otro tipo, obedecen a sus propias reglas, a su “género”, y es tarea del biógrafo desentrañarlas. Es obvio que no puede utilizarse de la misma forma la información sobre una persona extraída de las actas de un parlamento (donde, además, el personaje en cuestión puede utilizar técnicas retóricas que tal vez oculten su verdadero pensamiento sobre muchas cuestiones) que la transmitida a través de la prensa, por recurrir a un caso evidente en nuestros días. En suma –continuamos con Le Goff– el biógrafo ha de evaluar la fiabilidad de las fuentes no sólo a través de los métodos clásicos de crítica, sino también mediante un estudio de la producción sistemática de la memoria.

La biografía trata de una persona y no de su siglo o de su época. Con toda claridad, Le Goff declara, en su biografía de San Luis, que no es el siglo XIII el objeto de su estudio, sino el hombre, la persona que fue rey de Francia y que vivió en ese tiempo. En su narración hablará, por supuesto, del siglo, pero sólo en la medida en que permita explicar al hombre. No es cuestión de estudiar “el político y su obra”, “el rey y su reinado”, sino al político o al rey, es decir, se trata de presentar y explicar una vida individual en la historia. En este intento resulta conveniente tener en cuenta tres operaciones. Una es la distinción de tiempos. No es el mismo el propio del individuo y el de la historia. Un individuo participa en muchos asuntos y éstos experimentan un cambio distinto al de su vida. Hay que dar cabida,

además —es la segunda operación aludida—, al acontecimiento. “*Une biographie non événementielle n'a pas de sens*”, afirma Le Goff.³⁸ Pero hay que discriminar acontecimientos, para evitar caer en la anécdota, pues cualquier dato no es importante en el relato biográfico. Por último, ha de buscarse el equilibrio entre la dimensión pública y la privada de la persona biografiada, operación esta última que presenta especiales complicaciones, derivadas muchas de ellas de las fuentes.

Si convenimos en la utilidad de la biografía histórica de personas importantes para conocer el pasado, es evidente que no son pocos los problemas que entraña afrontar la tarea, como de forma escueta ha sido apuntado, y tal vez no resulte inútil, como última precaución, tener en cuenta la que expone Philippe Levillain: “*La biographie est le lieu par excellence de la peinture de la condition humaine dans sa diversité si elle n'isole pas l'homme de ses dissemblables ou ne l'exalte pas à leurs dépens*”.³⁹

³⁸ Le Goff, “Comment écrire une biographie historique aujourd'hui?”, *Le Débat*, 54 (mars-avril 1989), p. 49.

³⁹ Ph. Levillain, “Les protagonistes: de la biographie”, en R. Remond (dir.), *Pour une histoire politique*, Paris, Seuil, 1988, p. 159.